



La burbuja que (todavía) no hizo ‘pop’

JUAN CUETO

Periodista y escritor

LLAMA LA ATENCIÓN, AL MENOS ME LA LLAMA A MÍ, QUE EN EL PAÍS más aficionado de Europa (talla XL) a celebrar con estrépito aniversarios más o menos redondos y en donde la expresión “acontecimiento mediático” está reservada a las conmemoraciones puramente cronológicas de un pasado ilustre, o lo que en el actual consenso nacional entendemos por “ilustre” (algo “de letras” o en todo caso relacionado con la propia arqueología del famoso Consenso), la conmemoración del medio siglo de la televisión en España suscite tan poco entusiasmo, incluso en el medio (TVE) que dentro de pocas semanas cumplirá su 50º aniversario.

Por razones que no vienen al caso, resulta que yo ya he celebrado in situ, en Francia e Italia, la misma conmemoración y ahí están las hemerotecas, el ISBN y Google para probar que los respectivos cincuentenarios de la televisión en Francia e Italia, si no la pasión de las masas, al menos suscitaron la movilización reflexiva de las élites. Digámoslo en términos exclusivamente materialistas: los cincuentenarios televisivos franco-italianos aumentaron de manera muy considerable la producción y la circulación nacional de ensayos, libros, tesis, tesinas, artículos o articulinos, debates mundanos o académicos a cargo de las élites universitarias, los intelectuales de guardia, los ensayistas de moda (aquí llamados “columnistas”) o los habitantes de las mesas redondas. O sea, que el acontecimiento cronológico del cincuentenario de la TV no sólo fue mero ejercicio nostálgico; también, sobre todo, tuvo su repercusión en los respectivos PIB.

Aquí, por el momento, o en el momento justo de calentar los motores del aniversario de una pantalla que cambió la mirada (y algunas cosas más) de los españoles, sólo sabemos que TVE dedicará uno de los futuros canales de la TDT al Acontecimiento y poco más. Un futurible de impacto mediático cero porque el canal digital terrestre del ex Ente, en el caso de que empiece a funcionar a todo gas a principios de 2006 (pero

sin interactividad) y gracias al Plan Industrial de implantación de los amplificadores o descodificadores TDT (entre 100 y 50 euros per capita, según haya o no haya ayudas del Ministerio de Industria) será visto a finales del año 06 por apenas 30.000 espectadores, que es el exacto número de españoles, catalanes, vascos o gallegos que se apuntan indefectiblemente a todas las novedades tecnológicas que tengan pantalla, valga la redundancia, incluidos los portugueses sin fronteras.

La TDT será vista, a finales de 2006, por apenas 30.000 espectadores, que es el exacto número de españoles que se apunta indefectiblemente a las novedades tecnológicas que tengan pantalla.

En cuanto a la celebración de las élites por el medio siglo de TV en la Península Ibérica, temo lo peor y ojalá me equivoque. Como esto se divide en dos; como lo nuestro y no sólo en política y cultura es el maniqueísmo, la bandería binaria, la tentación dual y la lógica del estructuralismo, que como se recordará tenía pasión desmesurada por los pares de oposiciones, método seguramente heredado de aquellas justas leninistas que plagiaban el duelo cinematográfico tipo OESTE, o *spaghetti-western*, no es difícil adivinar, dado el actual huerto casero en el que trabajan nuestras elites, que el debate de la Gran Conmemoración del 06 acabe reducido a una baleada tipo OK Corral entre aquellos apocalípticos que un lejano día de los sesenta describió Umberto Eco y que todavía aquí, pero sólo aquí, son mayoría apabullante en el mundo de los líderes de opinión, y los casi cero integrados (incluidos los *intelectuales pop*, esa rareza nacional en el país más pop

de Europa) que vivaquean en nuestro actual patio académico, llámese patio mediológico, comunicológico, semiótico o como se diga y hay muchas maneras de llamarlo y de titularse en ciencias informativas, mediáticas, comunicacionales o como también se diga. Por lo tanto, mucho me temo, y ojalá me equivoque, que, al contrario de lo que ocurrió en Francia e Italia, el medio siglo de la tele española sea muy poco pop, si se me permite la herejía en un formato tan serio como éste, y que el viejo pero muy arraigado discurso apocalíptico heredado de la Escuela de Francfort acabe monopolizando el debate sobre el medio siglo de televisión en este país frente a no sé sabe quién, el imaginario intelectual *integrado* aquí realmente inexistente, y por el momento cualquier otra terceridad está excluida.

No es difícil profetizar un debate filosóficamente cojo porque, hasta el momento, lo que los intelectuales españoles han trabajado en masa, compactos, sin fisuras y sin demasiadas distinciones metodológicas a derecha o a izquierda, es un férreo discurso español sobre la televisión (o sobre cualquier *nueva tecnología* y excuso decir sobre la llamada “cultura de masas”) que, para lo esencial, insisto, procede en línea directa de la Escuela de Francfort y no para hasta los derivados simples de la compleja Escuela de Chomsky. Y cito las excepciones para mejor calibrar la dimensión de este otro curioso unanimismo nacional: el filósofo Gustavo Bueno, cuyo libro sobre la televisión disuelve (él diría “tritura”) las concepciones catastrofistas sobre la tele, y muy especialmente las de nuestra progresía, aunque algunos de sus seguidores sean una buena caricatura de la progresía; los sociólogos Salvador Giner y Manuel Castells, quienes, cada uno por su lado, sitúan el problema de la influencia televisiva en otros terrenos, el

bern, Domènec Font o Balló en Catalunya; y, aunque todavía de registro francfortiano, pero nunca simples y siempre atentos a lo que ocurre en el globo catódico, Vidal-Beneyto, Díaz Nosty o Pérez Ornia. Y pocos más que recuerde ahora mismo, a bote pronto, en esta provocación, en esta invitación al debate, aunque se admiten más propuestas de excepción. Pero, en cualquier caso, nada comparable a lo que ocurre por ahí fuera, a lo que ocurrió cuando las celebraciones en Francia e Italia del mismo aniversario televisivo, incluso, o sobre todo, en el mundillo de la crítica, los columnistas, los opinadores o la tropa de analistas-denunciadores en los *media* españoles.

Aunque la lista de las excepciones españolas a esta curiosa excepción cultural española (mundana y académica) respecto al fenómeno de la televisión sea parecida u otra distinta, o contradistinta, una cosa es cierta. Nuestras élites caseras son actualmente las máximas exponentes y productoras europeas del viejo *método* (de raza ideológica) de rasgarse las vestiduras ante la mediana pantalla. Como lo que en su tiempo ocurrió, no lo olvidemos, con la gran pantalla inaugural, con la llegada aquí de la sábana blanca de la sala oscura, que, ante la pasión de las masas españolas por las imágenes en movimiento, nuestros intelectuales rabiamente de letras, literatos por los cuatro costados decimonónicos, decretaron que aquello no era arte ni nada, que no tenía el menor futuro y, en todo caso, el nuevo *media* era un asesino del gusto artístico literario del pasado. Y se dijo casi sin excepciones (Azorín, el pobre, siempre fue un bicho raro en su cinefilia) y pese a la importancia de Buñuel y Dalí en el proceso global de equiparación estética y vanguardista del cinematógrafo a las artes tradicionales. Y ya que hablamos de las dos pantallas del siglo pasado, la del cine y la de televisión, tampoco conviene pasar por alto las todavía muy recientes reacciones de nuestras élites nacionales ante la llegada de la *tercera pantalla*, la micropantalla del *computer* en general y la de internet muy en particular. Y ahí están, todavía calientes, las hemerotecas, las bibliotecas, los videos, las tesis o las mesas redondas para demostrar dos cosas: que en ningún país de la misma envergadura (post) industrial ni en la misma zona judeocristiana se dijeron y profetizaron tantas calamidades por la llegada de la nueva pantalla a los hogares, los salones recreativos, las fábricas, las oficinas o la mesa de trabajo de los creadores. Algún día habrá que publicar el catálogo casero de las barbaridades españolas sobre los efectos perversos de la tercera pantalla escritas en nuestra facultades y redacciones, algunas de ellas francamente ingeniosas, pero, al mismo tiempo, no estaría mal relacionar esta generalizada y curiosa tecnofobia intelectual con lo que Díaz Nosty llama “el déficit mediático” español: el retraso nacional sobre el horario (o convergencia) impuesto por la globalización en la nueva industrialización, que, ante todo, exige sincronización, y en el impacto sobre la Pro-

Lo que los intelectuales españoles han trabajado en masa, compactos, sin fisuras y demasiadas distinciones metodológicas, a derecha e izquierda, es un férreo discurso sobre la televisión.

de la modernización o la sincronización por el consumo, la globalización por redes o la bifurcación del Conocimiento por las mutaciones científico-técnicas e industriales ocurridas desde el último tercio del siglo pasado, entre ellas y, muy principalmente, la propia evolución televisiva en general y la de cualquier tecnología con pantalla muy en particular. Y algunos autores sueltos o incontrolables: Jorge Lozano como contumaz semiótico *pop*; José Luis Brea, con sus importantes ensayos en solitario sobre la imbricación de las nuevos *media* en la producción de conocimiento; algunos profesores de la Universidad del País Vasco o Gu-

ducción Nacional de Conocimiento, el PNC, que ya es tan importante como el viejo y pelmazo PIB, y que, ahora, además, empieza a estar cuestionado por el burocrata FIB, la Felicidad Interna Bruta.

Nuestro curioso pavor intelectual, exclusivamente literato, a la máquina, y, sobre todo, a las máquinas con pantalla, es una de las constantes de nuestros discursos académicos y mundanos, en cerrada coalición, ante cualquier novedad o innovación. Asunto, por cierto, que también me recuerda mucho a lo que ocurrió en este país, a finales del siglo XIX y principios del XX, con la divulgación del darwinismo en nuestros patios y columnas. Es decir, con la llegada a España, contra viento y marea, de aquella *maquina* científica (sin pantalla: esta vez, puro texto) que Darwin había puesto en funcionamiento con la publicación de un libro, *La evolución de las especies*, y que, como recordó el gran Caro Baroja, desató el pánico entre las élites nacionales, con media docena de excepciones, por su simple existencia en librerías; pánico que Caro Baroja acuñó como la histeria nacional del “miedo al mono”. Pues bien, desde los años sesenta, pero, sobre todo, en el último tercio del siglo XX, en España ocurrió una parecida histeria que podíamos retitular como “miedo al mono mecánico”. Y cuando, a finales del siglo pasado, se confirmó que el mono mecánico tenía pantalla, sobre todo la tercera, entonces se reprodujeron en la atmósfera de ciertas élites las mismas reacciones desgarradas que con la llegada del mono darwiniano.

El asunto, por lo tanto, es antropológico y no sólo por cerrazón a la novedad por parte de los literatos dominantes, instalados en el estratosférico modelo del novelista decimonónico; antropológico, porque es mucha casualidad que la impetuosa llegada de las tres pantallas del siglo, la de la sábana, la de la tele y la de la tela, las pantallas industriales tallas *maxi*, *midi* y *micro*, siempre ha suscitado la misma reacción básica e inicialmente negativa: rechazo racial en las actuales élites dominantes, con muy pocas desviaciones de la norma, y para las que el muy transitivo verbo *escribir* o *ensayar* es y sigue siendo sinónimo de los intransitivos verbos *novela* y/o *columnar*, una pasión nacional. Y, como ese nuevo mono mecánico con pantalla, además de otras muchas cosas y más importantes, resulta que *también novela*, es más, empieza a tener el monopolio comercial de las ficciones en las que se reconoce y se expresa narrativa y poéticamente el Globo a principios de este milenio, pues es lógico que ocurra lo que ocurrió y todavía está ocurriendo, porque, en fin, la única sincronización o convergencia española realmente existente no la protagonizaron las élites sino, en plan consumo alocado y por libre, las masas juveniles menores de treinta años, los *screen-agers*: la generación X y la generación Y, también llamados los *echo-boomers*, por oposición a la nuestra, la sesentona generación de los *baby-boomers*.

Pero volvamos a la antropología nacional. Con las pantallas, tenemos un pequeño problema, o lo tienen las

élites nacionales mundanas o académicas. Y el problema es que esas nuevas máquinas con pantalla, desde principios del siglo pasado hasta el primer lustro de este milenio, están íntima, económica y sexualmente relacionadas con los procesos industriales (técnicos y científicos) en los que el hombre (el Hombre) vive, se reconoce, trabaja, crea discursos, compite, se reproduce y evoluciona. Y remito al ya citado profesor Brea para desentrañar la íntima relación de los nuevos (y viejos) *media* con la producción del conocimiento. Yo soy más pedestre. Digo sencillamente que algún día habrá que escribir una historia antropológica de la *idea de pan-*

Desde principios del siglo pasado, esas máquinas con pantalla están íntima, económica y sexualmente relacionadas con los procesos industriales en los que el hombre vive, se reconoce, trabaja...

talla y habrá que remontarse, si me permiten, a mucho antes de la invención eléctrica de los hermanos Lumière. Desde las pinturas chamánicas de Altamira hasta la caverna de Platón, el teatro griego, las sombras chinescas, la linterna mágica o la invención de la idea renacentista de *cuadro*, como ya insinuó Ortega, siguiendo, otra vez más, a Simmel, aunque sin citarlo. Y, cuando se escriba esa tesis espléndidamente inédita, habrá que empezar a perpetrar tesis locales, entre las que, sin lugar a dudas, existirá por lo menos una que nos concierne directamente y que podría titularse así: “La aversión antropológica de las élites españolas a la (muy) vieja idea de pantalla”.

Por el momento, retengamos esto ante el próximo aniversario del medio siglo de la televisión en España. Desde la divulgación en España de la teoría crítica de la Escuela de Frankfurt (en la editorial Taurus y gracias al cura Aguirre, el que luego sería duque de Alba), hasta la divulgación de las provocaciones futuristas de McLuhan, aunque sin citarlo demasiado, nuestras élites escinden así el universo. Primero dividían el mundo en *medios* con “gramática” propia y sin ventanas al exterior, como aquellas mónadas de Leibniz, unas más propicias que otros a “vehicular la ideología dominante”; y la estética, también moralizante, sólo consistía en constatar eso y en trabajar *full time* el discurso de “lo específico”, así, en neutro neutralizante. Luego, con la llegada de las ideas u ocurrencias de McLuhan, se trataba de dividir el mundo de la Comunicación en *galaxias* (Gutenberg, Marconi, Von Newman), y el único criterio para comparar galaxias y establecer jerarquías, seguía siendo, ay, el célebre método antiindustrial frankfurtiano, muy parecido metodológicamente al discurso cinematográfico de la guerra de las galaxias de

G. Lucas, pero sobre todo al filosófico de G. Luckács. Las buenas pertenecen a la galaxia Gutenberg y todo lo que sonaba a Marconi o Von Newman, de donde derivan las nuevas industrias emergentes, sería de antemano severamente criticado o anatemizado como reproducción ciega, mecánica y pantallera del *statu quo* capitalista y por lo tanto, del mundo asimétrico.

Bien. Es un punto de vista respetable, y ahí están las toneladas de escritura académica y mundana, pero sobre todo universitaria, para demostrar que las nuevas tecnologías y muy especialmente la televisión y derivados, según Adorno y compañía, no hacían más que *reproducir*, por otros medios, por tecnometáfora, el viejo duelo leninista. Poco importa que el mundo industrial, por aquellos mismos años, hubiera pasado del principio de la producción al primado del consumo; de la revolución de élites (o de partido) a la mutación (no a la rebelión) de las masas, de la cultura nacional elitista a la cultura planetaria de muchedumbres; de la clase trabajadora explotada a la clase consumidora asimétrica... Resulta que aquellas galaxias de McLuhan tenían como misión *reflejar* (tal es el inexcusable verbo en aquellos tiempo) la ideología desde un método derivado de la Escuela de Francfort, cuyo ADN estaba recorrido por un antiindustrialismo radical, y pobre del intelectual o periodista que aquí osara pensar en privado o pronunciar en público aquello que tanto le repetía Warhol: "Bien mirado, no está mal lo comercial". O, aún peor, que dijera que la pelmaza estética de "lo específico", tan imbricada con la teoría crítica de Adorno y la de McLuhan, desapareció, miren ustedes, de la faz de la tierra una tarde-noche de mediados del siglo pasado en que los media, como por acaso, se transformaron en multimedia y las galaxias implosionaron en multigalaxias, como nuevo Big Bang disolvente que creó una nueva papilla cósmica que lo mezcla todo sin orden ni concierto (o con un nuevo orden desconcertante) y el Globo, entonces, hizo verdaderamente pop: cambió de mirada y, sobre todo, de industria.

Ya sé, ya sé que este artículo, que este encargo, no es digno de una publicación tan seria como ésta ni de una compañía tan académica e ilustre como en la que estoy metido. Pero la culpa es de los que hicieron el *casting* y me seleccionaron a mi en este *reality* de celebrar el medio siglo del Gran Hermano español. Pero éste, a mi muy discutible juicio mundano, es el patio ideológica y metodológicamente unidimensional en el que vamos a celebrar el medio siglo de la televisión. Como una vez me dijo en Milán Umberto Eco, luego de un debate sobre el asunto, y estaba Jorge Lozano de testigo: "¿Cómo se explica que en tu país, que en la calle tiene una actitud vital tan moderna, la vieja Escuela de Francfort siga teniendo tanta influencia?". No supe qué decirle. Le farfullé cuatro tópicos sobre mi teoría del miedo al mono mecánico (con pantalla) y mi *teoría* antropológica sobre las pantallas, que había plagiado de un párrafo del ensayo de Gustavo Bueno; luego, cambiamos de conversación y nos fuimos a cenar. Le remitiré a principios de 2007 las actas españolas (mundanas y académicas) de nuestra particular celebración del medio siglo de televisión, del aniversario español de la burbuja que aquí todavía no hizo *pop*, justo cuando el monopolio de las *imágenes en movimiento*, que hasta ahora tenían el cine, la televisión e internet, haya saltado definitivamente por los aires y las pantallas y los formatos ("el mensaje es el formato" es lo que tenía que haber dicho el canadiense) se hayan multiplicado hasta el infinito para particular desgracia del muy arraigado mito de la *pantalla única* y de las diversas declinaciones de ese *método único* que un día se coló en nuestro código genético. Seguramente, porque, ante una dictadura fascista de casi medio siglo, la verdadera apoteosis mediática del *pensamiento único*, lo lógico y obligado es que se reaccione vehementemente desde la oposición contraria y luego queden secuelas binarias en el cerebro cuando el Uno local hace *plaf* al mismo tiempo que el Globo global hace *pop*. Aunque supongo que también ésta es una explicación muy francfortiana. ■

